

LOS ARCHIVOS DEL AMOR: EXPERIENCIAS DEL AMOR ROMÁNTICO Y CAMBIO GENERACIONAL ENTRE MADRES, PADRES E HIJAS. UNA EXPLORACIÓN MICROHISTÓRICA

MANUELA QUINTERO*

Universidad Nacional de Colombia

LAURA MARÍA RODRÍGUEZ***

Universidad Nacional de Colombia

MARA LUNA SANABRIA****

Universidad Nacional de Colombia

LINA MARÍA FERNANDA VÁSQUEZ*****

Universidad Nacional de Colombia



*manquinteroca@unal.edu.co ORCID: 0009-0001-6147-3296

**larodriguezta@unal.edu.co ORCID: 0009-0005-7921-4099

***masanabriab@unal.edu.co ORCID: 0009-0007-3430-9339

****livasquezm@unal.edu.co ORCID: 0009-0001-7895-7174

Artículo de investigación recibido: 4 de diciembre de 2023. Aprobado: 11 de marzo de 2025.

Cómo citar este artículo:

Quintero, Manuela, Laura Rodríguez, Mara Sanabria y Lina Vásquez. 2025. "Los archivos del amor: experiencias del amor romántico y cambio generacional entre madres, padres e hijas. Una exploración microhistórica". *Maguaré* 39, 2: 85-123. DOI: <https://doi.org/10.15446/mag.v39n2.120832>

RESUMEN

En este artículo abordamos el amor romántico desde una perspectiva antropológica y feminista, explorando cómo las experiencias afectivas se transmiten entre generaciones. Mediante relatos autobiográficos, entrevistas a nuestras madres y padres y análisis de archivos personales, examinamos las concepciones del amor en dos generaciones y su evolución en el tiempo. Asimismo, nos acercamos a los archivos mediante el concepto de resistencias emocionales propuesto por María Rosón y Rosa Medina (2017), lo que nos permitió detectar cambios en las perspectivas de amor romántico y mostrar la influencia de factores como género y edad. Finalmente, concluimos que las experiencias afectivas del amor romántico se interiorizan en la conciencia y reconocimiento del dolor en el entorno familiar y que estas se inscriben en el archivo, en la medida en que el amor se expresa y se entiende como un acto encarnado.

Palabras clave: amor romántico, archivos privados, cambios generacionales, Colombia.

ARCHIVES OF LOVE: A MICROHISTORICAL EXPLORATION OF AFFECTIVE EXPERIENCES OF ROMANTIC LOVE ACROSS GENERATIONAL CHANGE AMONG MOTHERS, FATHERS, AND DAUGHTERS

ABSTRACT

This article examines romantic love from anthropological and feminist perspectives, focusing on how affective experiences are transmitted across generations. Drawing on autobiographical narratives, interviews with our parents, and their personal archives, we explore evolving conceptions of love across two generations. We engage with the archive through the lens of *emotional resistances*, a concept developed by María Rosón and Rosa Medina (2017), which illuminates how understandings of romantic love shift over time and are shaped by gender and age. We argue that affective experiences of romantic love are internalized through experiences of pain within the family sphere. Furthermore, we demonstrate how these experiences are inscribed in the archive, revealing that love is both expressed and understood as an embodied act.

Keywords: Colombia, generational change, private archive, romantic love.

INTRODUCCIÓN

El amor ha sido un tema recurrente en nuestras conversaciones como amigas. En medio de estas tertulias, nos dimos cuenta de que crecimos esperanzadas por la promesa de que el amor romántico que veíamos en la televisión en algún momento tocaría nuestra puerta. La fórmula parecía sencilla: princesas en apuros esperando a ser rescatadas, valientes príncipes dispuestos a morir por la mujer amada, uniones eternas y familias destinadas a vivir felices por siempre por obra y gracia del amor verdadero. Con el pasar de los años, esta promesa se hizo cada vez más lejana y la espera cada vez más tortuosa. Al ver este panorama, revisar los escenarios familiares e incluso nuestras experiencias personales y darnos cuenta de que ese amor aspiracional de las novelas clásicas o de las películas de Hollywood no estaba en el horizonte, empezamos a sospechar que las vivencias amorosas podrían estar mediadas por otros factores que, tal vez, no estaban en nuestras manos.

Con frustración y desilusión, percibimos que nuestras historias y las de nuestros padres, madres o cuidadores, pese a estar guiadas por las expectativas del modelo hegemónico de amor, tenían muchos matices, quiebres y disensos. De esta ambivalencia y de la preocupación ante la abrupta diferencia entre la experiencia afectiva esperada y la vivida surge la idea de escribir este artículo, que pretende entender la manera en que las experiencias afectivas del entorno familiar codifican las perspectivas generacionales sobre el amor romántico según el régimen emocional donde se enmarcan.

Evidentemente, no es novedosa la sospecha inicial sobre los diversos factores que influyen, más allá del componente psicológico, la forma en la que las personas experimentan el amor. Por ejemplo, la tuvieron los y las investigadoras sociales desde finales del siglo xx, cuando, gracias al llamado *giro afectivo*, los sentimientos, pasiones y afectos empezaron a tener un lugar privilegiado en la teorización social. Esto llevó a densificar el análisis dentro de las reflexiones teóricas y propuestas metodológicas de diferentes disciplinas, como la sociología, la historia o la antropología (Garzón y López 2023). De igual forma, según lo proponen Lara y Enciso (2013) en su lectura del giro afectivo como “la emocionalización de la esfera académica”, en la cual nosotras nos posicionamos y a partir de la cual nos permitimos preguntarnos sobre el amor, sin querer dejar de lado la importancia de lo personal y lo íntimo.

Especialmente, nos proponemos acercarnos al problema del amor romántico valiéndonos de los aportes de la antropología del amor y la microhistoria, escarbando en nuestros archivos personales y recurriendo a los relatos orales de quienes fueron sus primeros referentes: nuestras madres y padres. Todo esto, con el propósito de encontrar respuestas sobre cómo se inscriben las experiencias afectivas del amor romántico en los archivos personales y encontrar las continuidades o discontinuidades a través de las generaciones.

Amor: una experiencia afectiva diversa

Ya hemos mencionado la acogida que han tenido las investigaciones sociales de las emociones a partir del *giro afectivo*. Cabe agregar que a lo largo de la historia han sido varios los puntos de vista sobre el amor. Así, por ejemplo, el periodista francés Dominique Simonnet ha reunido una serie de entrevistas con diferentes historiadores y ensayistas que reconstruyen la experiencia amorosa en Europa desde el Antiguo Régimen hasta los tiempos actuales. El autor hace hincapié en que no solo existen historias de amor, sino que también existe una Historia (con mayúscula) del amor, que es urgente contar para poder descifrar las mentalidades de sujetos históricamente situados y, con ellas, “el inconsciente de nuestras sociedades” (2004, 7). Sin embargo, es importante reconocer que muchas veces estas investigaciones han privilegiado las voces masculinas, blancas, heterosexuales y occidentalizadas. Por lo tanto, nos permitimos mencionar algunos estudios que han tensionado estas perspectivas, en pleno reconocimiento de que los estudios del afecto y la emoción en las ciencias sociales se deben a los aportes de las mujeres. Bien lo reconocen Solana y Vacarezza: “la crítica al amor romántico, la defensa de una ética del cuidado, la reivindicación de la experiencia corporal, ponen en evidencia que la cuestión afectiva atraviesa la historia de los feminismos hasta el presente” (2020). Por lo tanto, nos acercamos con prudencia a las conceptualizaciones del giro afectivo, pues su uso descontextualizado implicaría asumir que “hay algo nuevo en relación con el estudio de los afectos cuando”, cuando, en efecto, “este trabajo se estuvo desarrollando por bastante tiempo por la teoría feminista” (Cvetkovich, 2012).

En este orden de ideas, guiadas también por la propuesta de Mari Luz Esteban (2007), la definición de amor que usamos en este artículo tiene un componente antropológico y feminista. Nos proponemos

entenderlo como un modelo de pensamiento que oscila entre acción y emoción, que trasciende las relaciones amoroso-sexuales entre hombres y mujeres y que se nutre de ideas, juicios de valor, capacidades y actos encarnados. En ese sentido, las percepciones y vivencias sobre el amor adoptan múltiples formas, dependiendo del entorno cultural.

Siguiendo este razonamiento, es importante aterrizar el amor romántico como una experiencia afectiva diversa, ya que, como propone David Le Breton (2012), siempre está marcada por la ambivalencia, pues sigue lógicas personales y sociales. Esta forma de concebir el amor resulta provechosa para la investigación, ya que otorga una posición privilegiada a los sujetos en sus prácticas, como modos de afiliación a una comunidad social y como forma de reconocerse y de poder comunicarse, con un fondo emocional próximo que, en el contexto de este artículo, se puede ver materializado en la escritura de cartas o de diarios autobiográficos, entre otros textos.

El acercamiento al archivo

Siendo conscientes de la dimensión histórica que atraviesa esta discusión, podemos traer a colación textos como *Amor e historia*, en el cual Pilar Gonzalbo (2013) ofrece una investigación que difiere de las aproximaciones del norte global y, en cambio, hace un recorrido bastante meticuloso sobre el amor “como realidad única, contemplada en sus diversas dimensiones”, a partir del análisis microhistórico de archivos eclesiásticos y de diferentes tipos de correspondencia en México. En este texto, Gonzalbo reconoce que “el amor, la forma de percibirlo, de expresarlo y de vivirlo es cultural y, por lo tanto, histórica”. Esto nos permite entender que la microhistoria, al igual que las conceptualizaciones de la antropología de los afectos que nos influyen, se interesa por las acciones y producciones diarias de los individuos como elementos clave de los procesos históricos.

De esta forma, seleccionamos de nuestros archivos personales algunas cartas, escritos viejos, dedicatorias de regalos, pinturas y fotografías, entre otros, intentando encontrar “la estructura en las miniaturas” (Hering 2015), conscientes de que esta relación es un proceso dinámico en el cual los *regímenes emocionales*, es decir, “el conjunto de normas emocionales, rituales y prácticas oficiales [...] constituyen el sustento de cualquier régimen político estable” (Reddy 2001) y se ven tensionados

por los actos de la gente, en este caso, mediante la producción activa de un archivo amoroso. Por lo tanto, identificamos la idea del amor romántico como régimen emocional en cuanto delimita normas y leyes por las que se deben regir los comportamientos subjetivos y sociales en relación con lo afectivo. Aquí, el control afectivo es el epicentro del verdadero poder, puesto que las emociones que se expresan en un régimen emocional determinado modelan nuestra subjetividad y la forma en que nos definimos a nosotros mismos y percibimos el mundo que nos rodea (Barrera y Sierra 2020).

En suma, al igual que Nina Estrella (2018), pensamos que las personas son “un cúmulo de historias contadas por alguien y para alguien, con un sentido de diferentes maneras de ser y actuar en el mundo. Por ello, construyen sus identidades al contar historias”. Buscamos, entonces, esas formas de ser y actuar que se materializan en la cotidianidad de las personas, para entender el fenómeno social del amor con referencia a la multiplicidad de representaciones sociales que genera (Levi 2003), por lo que nuestros archivos personales aparecen como representaciones del fenómeno amoroso.

Ahora bien, somos conscientes de que acercarnos a estas representaciones múltiples e intentar encontrar en ellas los rastros de las experiencias afectivas implica un cambio de orientación respecto del archivo mismo y de las formas como nos aproximamos a él, pues de eso depende lo que encontremos. En vías de realizar este cambio, preocupándonos por lo que podríamos llamar el “otro archivo”, pensamos que en él podemos hallar materialidades cotidianas que problematizan las diferentes nociones del amor romántico. Así pues, nos acogemos a lo propuesto por María Rosón y Rosa Medina (2017) y decidimos analizar este material como *resistencias emocionales*. Este concepto, elaborado por las autoras con el fin de ampliar el lenguaje historiográfico, refiere a “procedimientos delicados que elabora la gente tales como comportamientos, ideas, acciones, gestos, rumores, materiales, fotografías, canciones [...] que, provistas de afectividad, desafían potencialmente las diferentes formas de poder, estructural o normativo, y los regímenes emocionales que los sustentan”. En este orden de ideas, entender nuestro archivo de esta manera nos permite entablar una relación íntima con las fuentes del pasado, encontrar en ellas saberes emancipadores y, finalmente, hacer evidente la constante negociación entre lo diminuto y las estructuras que condicionan los afectos.

Perspectivas sobre el amor romántico

El amor romántico, la experiencia afectiva que nos proponemos rastrear, ha sido fundamental para Occidente, un elemento esencial en los cambios sociales y culturales, así como también en la configuración de la sociedad moderna (Esteban 2007). Así mismo, podemos afirmar que en algunas capas sociales de la sociedad colombiana, particularmente en clases medias y altas, permeadas indiscutiblemente por la cultura occidental, la experiencia general del amor está influenciada por el ideal del amor romántico, puesto que esta es “prácticamente universal [y], por lo tanto, no exclusiva de Occidente”. En este sentido, es esencial describirlo en su dimensión social desde una posición crítica.

Como lo afirma Mari Luz Esteban, es importante posicionar el amor romántico como un modelo emocional hegemónico que realiza “una configuración simbólica y práctica que influye directamente en la producción de símbolos, representaciones, normas y leyes, y orienta la conformación de las identidades sociales y genéricas, los procesos de socialización y las acciones individuales, sociales e institucionalistas” (2011, 47). En esta medida, también resulta necesario mencionar que esta construcción simbólica del amor está, además, sustentada políticamente por el pensamiento heterosexual basado en la idea de la diferencia sexual. Según lo propone la feminista materialista Monique Wittig (2006), el sexo es una categoría que existe en la sociedad en la medida en que es heterosexual y heterosexualiza a las mujeres en ella. Así, se les imponen las labores de la reproducción y son apropiadas por medio del contrato fundamental del matrimonio. Situando esta discusión en el contexto colombiano, Ochy Curiel (2010) afirma que el pacto heterosexual ha sido crucial en la construcción de la nación, particularmente durante el proceso constituyente de 1991, donde el pacto heterosexual se evidencia tanto en la dimensión de la representación como en la participación política y la apropiación de la fuerza de trabajo de las mujeres.

Relacionado con esto, resulta interesante constatar que en las perfectivas donde el amor y el matrimonio van de la mano las relaciones afectivas quedan marcadas por el mandato de la monogamia y la heterosexualidad. Marcela Lagarde (2001) sitúa históricamente este fenómeno en el surgimiento del amor burgués, que va de la mano con el desarrollo de la cultura burguesa y representa un cambio en la forma de pensar al amor en Europa en los siglos XIV a XVI.

De esta manera, entendemos que el amor romántico produce un orden desigual de género que influye en la organización social, familiar y económica.

Innumerables libros de literatura, películas, canciones y medios de comunicación, generalmente catalogados como géneros del entretenimiento feminizados o naturalmente femeninos, han guiado esta ideología, y aunque varían las formas de aproximarse y enunciar el tema, en la mayoría de los casos idealizan y enaltecen el amor romántico. Esta ideología cultural (el romanticismo) tiende a enfatizar el amor-pasión por encima de otras facetas humanas (Esteban 2011). En ese orden de ideas, el amor se percibe como la parte más importante de nuestras vidas, como algo sublime e inexplicable, aquella respuesta a la realización personal. Al mismo tiempo, se relaciona su pérdida con sentimientos de profunda desgracia y sufrimiento, tanto así que representa la pérdida de todo sentido de vida y razón de ser.

Esta concepción del amor romántico se manifiesta con particular intensidad a través de expresiones musicales que trascienden fronteras culturales y nacionales. Sin embargo, como señala Wade (2000), la relación entre la identidad de una nación y las manifestaciones musicales, con su profunda influencia cultural, no puede reducirse a vínculos sencillos o directos y es necesario analizar cómo interactúan recíprocamente. En este contexto, las costumbres y prácticas culturales asociadas con la música moldean y reflejan nuestras concepciones sobre las emociones, en este caso, sobre el amor romántico.

Gracias al trabajo desarrollado por algunas feministas, se han problematizado estas representaciones del amor romántico en nuestra sociedad. Principalmente, las críticas aseguran que este está directamente relacionado con la reproducción del poder patriarcal. De tal manera, se justifica la persecución y subyugación femenina, se determinan las identidades y roles de género y se normaliza el sufrimiento y las relaciones desiguales y violentas. En palabras de Eva Illouz, “el amor romántico no es la fuente de la trascendencia, la felicidad y la autorrealización. Más bien, es una de las principales causas de la división entre hombres y mujeres, así como una de las prácticas culturales a través del cual se hace que las mujeres acepten (y ‘amen’) su sumisión a los hombres” (2012, 5).

Como propone la escritora Coral Herrera (2018), si bien el feminismo ha logrado cambios importantes a nivel legislativo y político, así como un progreso en la autonomía económica de las mujeres, es necesario seguir

trabajando en la autonomía emocional, y con este propósito la autora propone buscar herramientas para una *revolución de los afectos*, en donde se hable en términos políticos tanto de nuestras emociones como de nuestras relaciones. De acuerdo con la autora, el amor es un arma revolucionaria que tiene el poder de cambiar el mundo, liberarlo de su carga patriarcal y construir relaciones basadas en la ternura, la empatía y la generosidad: “lo romántico es político, pero también es social, económico, sexual y cultural. Queremos que el amor deje de ser un instrumento de opresión para utilizarlo como el motor de la revolución sexual, afectiva y de cuidados en la que estamos trabajando desde los feminismos” (Herrera 2018, 11).

Las aproximaciones al amor en Colombia

En el contexto historiográfico colombiano, se ha estudiado el amor en sus dimensiones cotidiana, corpórea y mística. A pesar de que las aproximaciones temáticas varían significativamente, y hay diferentes puntos de vista, espacios geográficos y temporales, en conjunto nos brindan elementos metodológicos y conceptuales bastante interesantes.

Según Alicia Londoño (1997), “lo cotidiano, lo imaginario, el cuerpo mismo, definen nuevos territorios donde la antropología es llamada a develar significaciones culturales”. Esta primera cita muestra el interés por lo habitual, lo cercano, lo íntimo, lo que, en nuestro caso, remite a las emociones y el amor. Pablo Rodríguez (2002) profundiza en el tema diciendo que “el estudio de lo cotidiano y sus prácticas son un lente a través del cual podemos descubrir las redes del entramado social; donde lo ‘obvio’, lo ‘natural’, encubren las reglas que rigen los comportamientos y las relaciones sociales”. Así, al igual que la antropología social, la historia de lo cotidiano ha brindado visibilidad a temas que pasan inadvertidos para las grandes escalas que comúnmente estudia la historia. Por ello planteamos este trabajo desde la perspectiva de lo cotidiano, en un intento de conceptualizar el amor en lo íntimo y lo privado, dándole un sentido más allá de lo personal, para comprender en este caso cómo se estructuran las experiencias afectivas dentro del entorno familiar.

Para tener un panorama más amplio de la antropología de las emociones, decidimos acercarnos al texto de Myriam Jimeno (2004), que ofrece una perspectiva esencial para el entendimiento de nuestro propio trabajo, puesto que expone la emoción como “una verbalización de patrones culturales que existen para el intercambio de mensajes,

donde la emoción no es lo opuesto a la razón y al pensamiento”(31). Así, como las emociones estarían enmarcadas en una serie de esquemas aprendidos en la vida cotidiana, intentar explicarlas es fundamental para la construcción de nuestra identidad y los vínculos con los otros. Por lo tanto, rescatamos el potencial investigativo de la antropología de la vida privada y de los afectos, ya que ambos paradigmas visualizan patrones sociales y culturales a partir del estudio de lo cotidiano.

METODOLOGÍA

Realizamos esta investigación con un enfoque cualitativo, utilizando una triangulación metodológica que combina relatos autobiográficos, entrevistas semiestructuradas, archivo personal y la microhistoria, como perspectiva analítica, y analizando dos variables: “madres y padres” e “hijas”. Los y las participantes que conformaron la variable “madres y padres” fueron ocho sujetos (cuatro madres y cuatro padres) con los siguientes perfiles: Diana Tarazona, mujer de 59 años, nacida y criada en Bogotá, de familia santandereana acomodada; bachiller de un colegio privado católico, con pregrado en diseño de una universidad privada: la Jorge Tadeo Lozano, y posgrado en diseño textil en la Universidad de los Andes; nunca ejerció y se dedicó la vida de oficinista, en donde escaló y consiguió un buen puesto. Fernando Rodríguez, hombre de 59 años, nacido y criado en Bogotá, de una familia bogotana de clase media; bachiller de un colegio privado; empezó la universidad estudiando ingeniería mecánica, pero, por cuestiones económicas, no la terminó. Juana Marcela Carrillo, mujer de 50 años, nacida y criada en Bogotá, en una familia bogotana de clase media; bachiller de un colegio católico de religiosas femenino de carácter privado y con un pregrado en medicina de la Universidad del Rosario y una maestría en política social en la Universidad Javeriana; trabajó ocho años en temas de aseguramiento en salud y posteriormente en temas de políticas públicas de salud e infancia, principalmente. Orlando Quintero, hombre de 51 años, nacido y criado en Bogotá, en una familia manizaleña de clase baja; bachiller de un colegio distrital, con pregrado en ingeniería química de la Universidad Nacional de Colombia y maestría en economía en la Universidad de los Andes; tiene una empresa de consultoría de los proyectos sociales y ambientales. Mónica Andrea Montejo, mujer de 41 años, nacida y criada en Ciudad Bolívar, Bogotá, en una familia de clase baja; bachiller de colegio distrital femenino, con pregrado

en administración de empresas. Jimmy Alexander Vásquez, hombre de 41 años, nacido y criado en Bogotá, en una familia de clase baja; bachiller de colegio distrital, con pregrado en ingeniería en telecomunicaciones y maestría en telecomunicaciones. Emilse Borda Duitama, mujer de 46 años, nacida en Ramiriquí, Boyacá, de origen y tradición campesina y clase baja; se gradúa como psicóloga en la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, magíster en derechos humanos con enfoque crítico; consultora de género, actualmente trabaja en Naciones Unidas. José Leonardo Sanabria Ferrucho, hombre de 54 años, nacido en Tunja, Boyacá, de clase baja, artista plástico, licenciado en educación de las artes plásticas y visuales; gestor cultural, fundador y director de la casa cultural Apparte.

Las autoras que conforman la variable “hijas” son estudiantes de antropología de la Universidad Nacional de Colombia, con los siguientes perfiles: Laura María Rodríguez Tarazona, mujer de 19 años, nacida y criada en Bogotá, en una familia de clase media; bachiller de colegio privado laico. Manuela Quintero Carrillo, mujer de 19 años, nacida en Bogotá y criada en Medellín, en una familia de clase media, bachiller de un colegio privado laico. Lina María Fernanda Vásquez, mujer de 20 años, nacida y criada en Bogotá en una familia de clase media baja; bachiller de un colegio oficial. Mara Luna Sanabria Borda, mujer, 19 años, nacida y criada en Tunja, en una familia de clase media; bachiller de un colegio público.

El análisis de la variable “madres y padres” y de la variable “hijas” permite explorar cómo se transmiten las concepciones y patrones de amor de una generación a otra. Sus relatos y experiencias pueden arrojar luz sobre las raíces y la evolución de las nociones de amor en una comunidad emocional o un contexto cultural específico.

Cada una de nosotras narró la experiencia personal propia en torno al amor, relatos autobiográficos que constituyen el eje central de la narración. La yuxtaposición de dichos relatos con las entrevistas a nuestras madres y padres y con sus archivos personales nos ayudó a situarnos mejor en un tiempo y un lugar específicos. Nuestras voces dan así claves para comprender los sistemas sociales más amplios de la clase media del centro del país, en los que se insertan nuestras vidas.

Cabe aclarar que esta metodología no pretende generalizar la información. Partimos de un abordaje enfocado en experiencias situadas y contextos específicos, sin pretensiones de extrapolación estadística. Como

lo plantea Alicia Londoño (2019), es urgente escuchar nuestras historias y silencios también en los espacios cotidianos. Allí podríamos encontrar respuestas a los dolores a los que nos enfrentamos y también a las formas de resistencia que nos encarnan. Buscamos rescatar también el valor de la historia oral y, acogiéndonos a Ronald Fraser (1988), sostenemos que las fuentes orales revelan las complejidades y deseos humanos detrás de los eventos históricos narrados. El hecho de usar este tipo de testimonios también significa hacer una apuesta política por la gente y sus vivencias.

Para desarrollar la investigación primero hicimos entrevistas semiestructuradas grabadas en audio a nuestras madres y padres para conocer su modelo de amor y las circunstancias y contextos en los que aprendieron a sentir el amor y para, de esta manera, entender también qué tipo de percepciones nos legaron, al enseñarnos a nosotras a amar. Partimos de tres preguntas base: ¿qué es el amor para ustedes?, ¿cómo entienden el amor? y ¿cómo lo vivieron? La entrevista semiestructurada posibilitó que las personas entrevistadas (nuestras madres y padres) respondieran libremente, con mayor flexibilidad, dinamismo y apertura en la exploración de los modelos amorosos transmitidos en el contexto familiar.

Es importante mencionar las consideraciones éticas seguidas en la investigación, especialmente en el manejo de datos de nuestras madres y padres. Obtuvimos su consentimiento expreso e informado, se les informó acerca de los objetivos del estudio y tuvieron total libertad para decidir su participación. A pesar de existir algunas convergencias, se respetaron todas las creencias y valores y contextos culturales de las personas involucradas. Fuimos conscientes de que narrar historias de vida puede revivir experiencias sensibles o traumáticas, por lo que las entrevistas se llevaron a cabo como diálogos en ambientes seguros y de confianza, donde se respetaron los límites, lo que permitió a nuestros padres omitir detalles que no quisieran compartir o tomar pausas cuando lo necesitaran durante las narraciones.

A la par, las acompañamos de un análisis de los archivos personales, consistentes en dedicatorias en redes sociales, libros, prensa, regalos, atendiendo a la manera en que se inscribían estas experiencias afectivas y qué continuidades o discontinuidades surgían al contrastar esos archivos con los relatos testimoniales. Esto implicó no solo pensar en el potencial teórico de lo íntimo, sino también establecer una relación íntima con los archivos personales, ya que allí, desde la intimidad, podemos hablar del amor. Como plantean Rosón y Medina, “tratamos de recoger

la sabiduría de estas prácticas íntimas para comprender el mundo subjetivo y emocional como un territorio de memoria disidente” (2017).

Después elaboramos relatos autobiográficos sobre nuestros acercamientos al amor desde las más tempranas edades hasta el presente, incluyendo descripciones de nuestras familias e infancias. El objetivo de esta estrategia metodológica fue acercarnos a nuestras experiencias afectivas desde una perspectiva íntima con sus matices, como la memoria y la confusión. Para guiar esta autorreflexión utilizamos dos preguntas: ¿cómo definimos el amor romántico? y ¿cómo percibimos el amor de nuestros padres? Estos relatos autobiográficos o historias de vida funcionaron como documentos personales y fuentes primarias que permitieron acceder a los conceptos personales del amor y los conflictos asociados a este fenómeno. Como lo menciona Carles Feixa (2018), la imaginación autobiográfica permite construir relatos biográficos reveladores que ayudan a comprender un contexto histórico y social a través de una vida individual.

Posteriormente, identificamos los modelos culturales, expectativas y normas en torno al amor que se reflejan en las narraciones y en la interpretación de los materiales, como los regalos y las dedicatorias. Luego examinamos, en un análisis interseccional, factores como género, clase social y edad, viendo cómo influyen en las concepciones y vivencias del amor expresadas, al contrastar los datos recolectados de nuestros relatos y las entrevistas de nuestros padres. Por último, codificamos y categorizamos los temas recurrentes relacionados con el amor en los relatos y entrevistas.

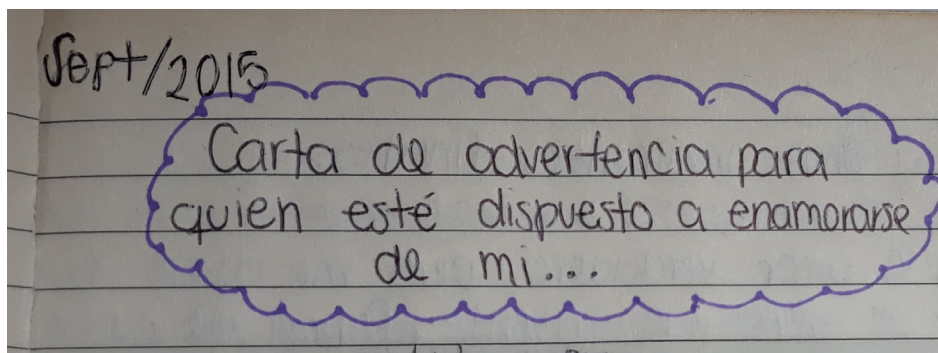
Como participantes activas en nuestra propia investigación, hicimos lo posible por respetar la autonomía y el cuidado emocional tanto de nuestras madres y padres como de nosotras mismas, como investigadoras inmersas en el proceso. A continuación, se presentan todas nuestras historias, a partir de las convergencias que encontramos en las historias, entrevistas y archivos. Luego exponemos las consideraciones finales.

EL AMOR VERDADERO: LAURA MARÍA RODRÍGUEZ, HIJA DE DIANA TARAZONA Y FERNANDO RODRÍGUEZ

Desde que tengo aproximadamente 10 años, el amor ha sido un tema recurrente en mis diarios. Mis expectativas, miedos, deseos y dudas sobre ese extraño sentimiento –que en las películas de princesas prometía la eternidad, de ser verdadero– me consumían constantemente y, como resultado, llenaban las páginas de mis cuadernos, sin realmente entender aquello que tanto

anhelaba. Este es uno de los escritos que encontré, fechado en 2015 y titulado “Carta de advertencia para quien esté dispuesto a enamorarse de mí”.

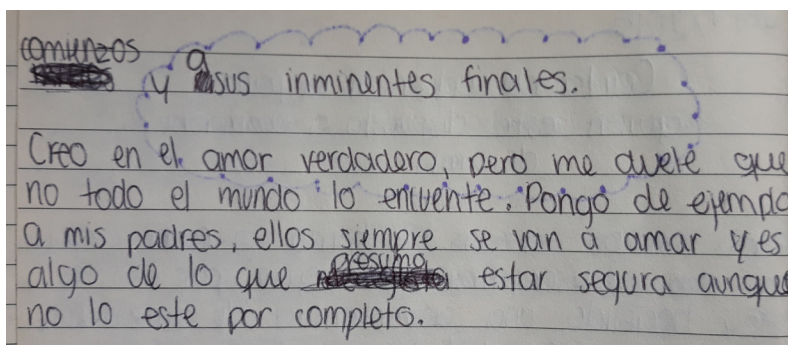
Figura 1. “Carta de advertencia a quien esté dispuesto a enamorarse de mí”, parte I



Fuente: archivo personal de Laura Rodríguez.

Allí describía punto por punto y con lujo de detalles las tres razones por las que sentía que era una persona extremadamente complicada y difícil de querer. La primera razón era que vivía llena de miedo; la segunda, que era muy soñadora; y la tercera, que creía en el amor verdadero.

Figura 2. “Carta de advertencia a quien esté dispuesto a enamorarse de mí”, parte II



Fuente: archivo personal de Laura Rodríguez.

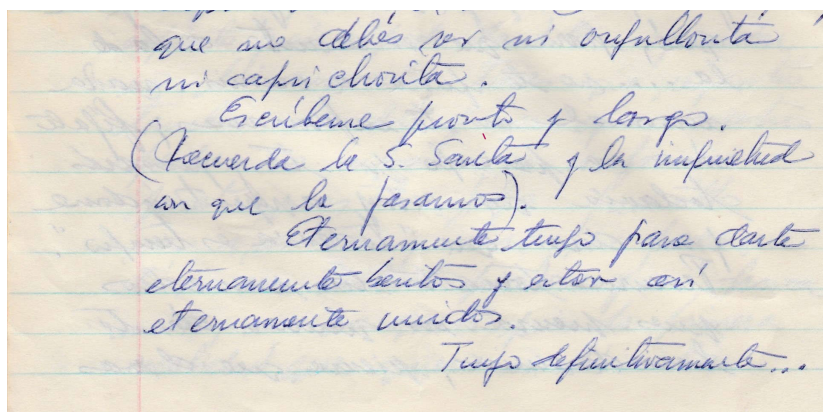
Estas premisas se mantuvieron en mi cabeza por mucho tiempo, pues, en un entorno en donde la mayoría de los progenitores de mis amigos y amigas estaban divorciados, el matrimonio de mi madre y padre se revelaba ante mis ojos como todo lo que estaba bien, lo deseable, aunque para muchas personas resultaba inalcanzable. A pesar de que nunca hubieran hablado explícitamente del amor, sin duda alguna la relación que mis padres me mostraron fue el referente más grande que tuve sobre el *deber ser* del amor, pues eran la prueba fehaciente de que el amor verdadero y eterno que veía en las películas era posible.

Sin embargo, los años pasaron, la pandemia del Covid-19 trastornó todo en mi familia y esa eternidad se puso en peligro. Los problemas que antes podía ignorar, simplemente saliendo de mi casa, se volvieron evidentes las 24 horas del día, y el amor que había admirado y con el que había soñado miles de veces en mi habitación se vio desafiado por un deterioro considerable de la salud mental en el entorno familiar. Esa relación idílica que se había mostrado ante mis ojos en la niñez se convirtió en una mentira y un instrumento que había encubierto muchas situaciones dolorosas en mi familia. Me llené de rabia y tristeza. ¿Cómo algo tan bello podía coexistir entre tanto dolor? Así pues, el amor romántico que había admirado, por ser posible, se convirtió en otro sueño inalcanzable, y me castigué una vez más, por delirar con situaciones imposibles.

Ahora bien, para hacerle entender a esa niña desilusionada que ninguna de las decisiones tomadas por sus progenitores había sido motivada por la indiferencia, decidí preguntarles qué era el amor y cómo pensaban que lo aprendieron. Por un lado, mi madre se tomó la conversación con calma e ilusión, como si hubiera querido hablar sobre eso hacía mucho tiempo. Si bien me contó algunas anécdotas de antiguos novios y amistades, aquello en lo que más se extendió fue en su historia familiar. Me contó que la situación más difícil por la que había pasado en su adolescencia fue la separación de sus padres, cuando ella tenía 15 años. “Mi mamá nos había dicho que se iba de viaje con algunas amigas y compañeras del trabajo, pero un día solo se llevó sus maletas y nunca volvió”, me dijo (entrevista 1). Así fue como desde esa edad sentí que debía asumir todas las labores de cuidado en su casa, tanto de mi tío como de mi abuelo, quien había entrado en una fuerte depresión, por el abandono de la mujer con quien quiso estar eternamente, como

bien lo decía en las despedidas de la mayoría de sus cartas: “Eternamente tuyo, para darte eternamente besitos y estar así eternamente unidos”.

Figura 3. Carta de Pedro Tarazona a Clara Bernal, agosto de 1962 (fragmento)



Fuente: archivo personal de Diana Tarazona.

El único recuerdo de mi mamá sobre ella, aparte de la confusión y el resentimiento por una promesa incumplida, fue el archivo personal de mi abuelo, con más de 60 cartas fechadas entre 1962 y 1963, algunos telegramas y el anuncio del matrimonio en el periódico. En ellas, mi abuelo narra las dificultades de la relación entre un profesor de colegio que a los 27 años había caído profundamente enamorado de su alumna de 15. Así mismo, declara su amor desaforado, su deseo y disposición para proveerla y cuidarla, así como la preocupación por contraer matrimonio lo más rápido posible. Así pues, después de este abrupto cambio, mi mamá decidió tomar el rol de la mujer maravilla y se dedicó de lleno a que en su hogar no faltara nada. En ese momento, la considerable diferencia de edad y los sueños insatisfechos de una mujer que a los 19 años ya había parido dos hijos no parecían ser una excusa válida. Entonces mi madre se preocupó por suplir su papel y se encargó de ser la “señora de la casa”, se convirtió en una preocupación por ser la madre, esposa y empresaria perfecta, que era capaz de resolver todos los problemas sin ayuda.

Figura 4. Telegramas de Pedro Tarazona a Clara Bernal, agosto de 1962



Fuente: archivo personal de Diana Tarazona.

Figura 5. Anuncio del matrimonio de Pedro Tarazona y Clara Bernal



Fuente: archivo personal de Diana Tarazona.

Por otro lado, la conversación con mi papá fue completamente diferente. Hablar sobre el amor representó un verdadero reto para él, pues en los 20 minutos que decidió dedicar a mis preguntas se notaba bastante nervioso. Así mismo, fue lo más reservado posible a la hora de hablar de las dinámicas que había vivido en su entorno familiar. Afortunadamente, mis tías me ayudaron a llenar los vacíos de su relato. Al igual que en la historia de mi mamá, él también fue abandonado, pero esta vez por

su padre, quien realmente nunca había sido muy amoroso. “Ellos, en todos los años que estuvieron juntos, nunca durmieron en la misma cama, porque mi papá no quería que mi mamá se diera cuenta de todas las veces que llegaba oliendo a otra”, me decía (entrevista 2). Sin embargo, toda esta indiferencia acabó cuando un día, después de que su madre se había ido a trabajar, llegó con un camión para llevarse todas sus pertenencias. No quiso dejar rastro ni dar explicaciones. De tal forma, mi papá y mis tías se vieron obligados a cuidar de mi abuela, quien había quedado completamente devastada y enferma, por el abandono de quien había prometido estar con ella hasta que la muerte los separara. “En realidad, todavía pienso que fue lo mejor” (entrevista 2), dijo mi papá, cuando le pregunté cómo se lo había tomado. Para mi papá, de nada servía que mi abuelo estuviera en la casa, porque, cuando estaba allí, el ambiente solo se tornaba hostil e insoportable. “Por eso no me gustaba estar en mi casa, porque siempre ganaba el que gritara o golpeara más duro”. Así creció mi papá, en un entorno disfuncional y de constante maltrato físico y psicológico ejercido por mi abuelo, viendo un amor que era tolerante con la violencia y el malestar, cosa que él, en sus propias palabras, no quiso replicar nunca.

Algo en lo que ambos coincidieron fue en lo difícil que había sido perdonar a sus padres cuando, ya casados y con hijos, quisieron volver a sus vidas. Mi mamá, a pesar de entender la situación de mi abuela, nunca supo cómo había sido capaz de simplemente desaparecer un día, y mi papá, a pesar de no haber llorado a mi abuelo, nunca perdonó que él pudiera decir que los amaba, al mismo tiempo que los golpeaba y despreciaba. Después de unir estas dos historias, pude ver a mis padres cuidándose mutuamente, igual como tuvieron que hacerlo con sus propios padres muchos años antes. Entendí el desprecio de mi padre por aquellas palabras que no vienen acompañadas de acciones y la preocupación desbordada de mi mamá por la perfección en el hogar. Igualmente, encontré respuestas a su paciencia y tranquilidad ante situaciones que para mí eran gravísimas, así como también pude entender por qué, a pesar de todo y teniendo la posibilidad de separarse, decidieron permanecer juntos. Supongo que no solo por mí y mi hermano, sino por cumplir la promesa de no repetirnos la experiencia de ser niños devastados por una familia que ya no cree en el amor. Sus formas de expresarlo, permeadas en ambos casos por un trauma relacionado con el abandono repentino de su padre y madre, se tradujo en el cuidado y el entendimiento.

Mi padre –que no suele decir “te amo”– aprendió a expresarse con las pequeñas acciones diarias que, para él, son aquello que hace la diferencia, y mi madre, a pesar de estar afectada por el abandono, siempre intentó mostrarse fuerte, para darnos la tranquilidad de que ella siempre estaría ahí. En medio de todo, a pesar de que ya no deseé un amor como el de ellos, como lo hizo muy profundamente esa niña que a los 10 años escribió una carta de advertencia para quien estuviese dispuesto a enamorarse de ella, entendí que no soy quién para decirles que aquello por lo que siguen aferrados a la vida es mentira, incorrecto o que está mal hecho. Ahora, cuando vuelvo a leer las entradas de mis diarios, a la luz de las historias de mis papás, vuelvo a creer que lo que existe entre ellos, incluso después de 29 años casados, sigue siendo amor verdadero.

SENDEROS DISTINTOS DEL AMOR: MANUELA QUINTERO CARRILLO, HIJA DE JUANA MARCELA CARRILLO Y ORLANDO QUINTERO

Desde muy pequeña, a los 6 años, el amor romántico estuvo en mi mente. Lo definía como una conexión intensa y apasionada, que resonaba en las letras de algunas canciones de jazz o se manifestaba en las novelas. Sin embargo, parecía inalcanzable, debido a los estereotipos de belleza arraigados en Medellín. En este entorno, la validación y aceptación masculina son fundamentales, casi como el motor que impulsa a las mujeres paisas. Al no cumplir la lista de características que nos harían “dignas” del amor de un hombre, entré en una etapa de frustración. Mi vida giraba en torno a la búsqueda de aprobación y cada esfuerzo parecía insuficiente. Incluso cuando lograba la aceptación, solo obtenía desilusiones, al ser vista únicamente como un objeto sexualizado.

A mis 18 años, por primera vez me enfrenté a esa idea del amor romántico. Me di cuenta de que, aunque resonaba constantemente en lo que escuchaba o veía, no lo conocía y debía aprender de él, ya que, pese a que no era ideal como lo imaginaba, no era un vínculo menos poderoso de aquel al que se referían algunas canciones. Tal vez no pueda definirlo con palabras exactas, pero sí contarlo a partir de la vivencia y de cómo lo he sentido. Si bien el romance surge de una atracción inicial, creo que uno de los factores principales es el tiempo. Tiempo para darnos a conocer y conocer a la otra persona, contrario a lo que escuchaba en algunas canciones, que hablan del amor a primera vista o con el pri-

mer baile. Se requiere tiempo para que el tacto no se sienta ajeno. Está en dismantelarnos y permitir que el otro nos mire, así como miramos al otro. Entender su condición humana, sin idealizar o sobrevalorar a la persona, y amarla, sin privilegiar solo la idea de amar.

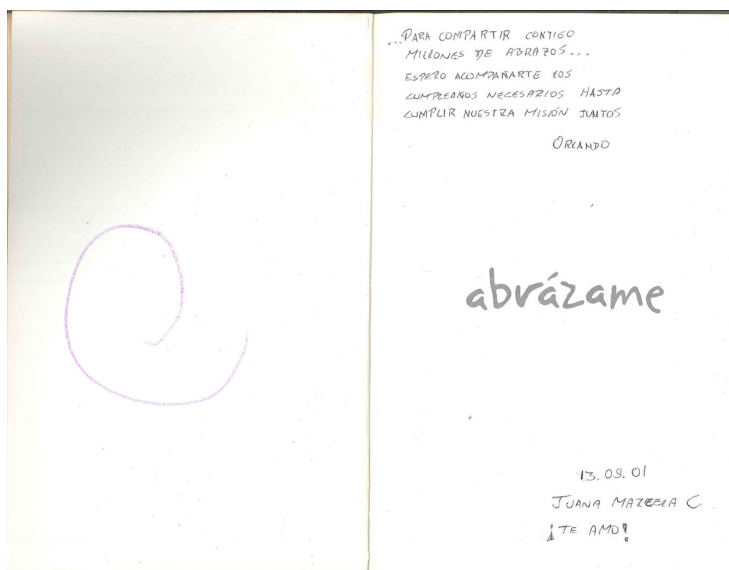
No sé cómo explicar quién es el sujeto del amor romántico, ni cuánto tiempo debe durar. Solo sé que, en mi experiencia, ha sido dejar caer lentamente las barreras para ver y dejarse ver en la esencia más profunda. Un vínculo que va más allá de la pasión inicial y se nutre de la complicidad, el respeto y la ternura que crece con el tiempo compartido. Este vínculo que describo no lo concibo únicamente como heterosexual, y esto se ha presentado como un silencio en mi hogar, ya que, a pesar de que, mientras crecía, mi mamá inició conversaciones sobre el amor, no incluían las diversidades sexuales. A pesar de que yo escuchaba frecuentemente las canciones más románticas, las contrastaba con la relación entre mi padre y mi madre, que no expresaba la ternura o pasión que mostraban, pues era menos intensa y muchas veces agresiva. Entonces, con la intención de acercarme a su historia y su contexto e intentar entender su experiencia afectiva, inicié un diálogo con ambos sobre el amor romántico.

Mi mamá fue muy abierta y me compartió minuciosamente detalles sobre su infancia, la importancia de la religión católica en su hogar, sus acercamientos al romance en el colegio de monjas y, especialmente, a la caótica relación entre mis abuelos. Me contó la lucha de mi abuelo contra el alcoholismo, sus periodos de ausencia, las infidelidades y, paradójicamente, su melosidad, haciendo énfasis en que no confiaba en las muestras de afecto excesivas. En contraste, mi abuela era fría, no demostraba afecto ni en palabras ni en gestos, lo que resultó en una relación de pareja peculiar, una que se basaba en permisividad, dolor y maltrato físico y emocional. En su familia de formación, mi mamá sufrió abuso verbal y básicamente nunca experimentó el calor ni el amor familiar, por lo que la manera en la que conoció el amor fue a través de boleros, como “La gloria eres tú”, “Esta tarde vi llover” y “Solamente una vez”. Y aunque estas canciones representan un amor pasional de alta intensidad y tormentoso, según recuerda, le costó soñar una relación romántica, ya que le “repetían constantemente que era inteligente pero no bonita” (entrevista 3), también en las mujeres de su hogar estaba naturalizado el discurso del hombre como abusivo y mala persona.

Mi papá, sorprendentemente, también estuvo abierto a compartir su infancia. Al igual que mi mamá, tampoco tuvo la fortuna de experimentar un hogar donde el amor entre sus padres se manifestará claramente, e igualmente vivió en un hogar donde la religión y la iglesia eran importantes. Mi abuelo no solía expresar afecto. Era alcohólico, por lo que sus comportamientos y agresiones en ese estado marcaron de manera irreversible a mi papá. “Cuando mi papá tomaba, mis hermanos y yo nos íbamos corriendo a dormir, porque, si nos veía despiertos, gritaba y no solo nos pegaba a nosotros, también a mi mamá. Mis papás solo se querían cuando estaban tomados y bailando” (entrevista 4). El amor de mis abuelos, quienes lo acercaron por primera vez al amor, al desamor y a las historias de pareja, giraba en torno a la música, el alcohol y el baile, lo que era una realidad dramática, parecida a lo que mi papá escuchaba en las canciones de Pimpinela. No obstante, a diferencia de mi mamá, conoció el afecto y el amor en su hogar a través del cuidado de mi abuela, quien usaba palabras afectuosas y gestos cariñosos. Ella se encargó de mantener la paz en su hogar.

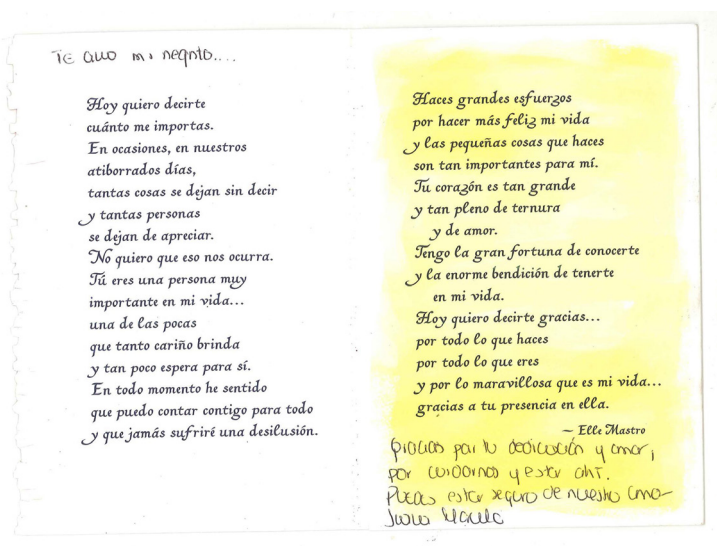
Durante mi infancia, la relación entre mis padres me resultaba difícil de comprender y, en ocasiones, rechazaba su dinámica, que percibía más como compañerismo o amistad que como vínculo romántico. Además, en algunos momentos, este vínculo se veía empañado por episodios de agresividad. No obstante, recuerdo haber presenciado muestras de cariño y compromiso mutuo: el intercambio de libros con dedicatorias cariñosas, mensajes afectuosos compartidos en redes sociales, el disfrute de actividades y el apoyo intelectual que se brindaban. A pesar de las complejidades, estos detalles eran pequeños reflejos del amor que, aunque a veces opacado, persistía en su relación.

Figura 6. Dedicatoria: “Abrázame”



Fuente: archivo personal de Juana Marcela Carrillo, 13 de septiembre del 2001.

Figura 7. Carta de regalo



Fuente: archivo personal de Orlando Quintero.

Figura 8. Mensaje de aniversario dirigido a Orlando Quintero, 28 de septiembre de 2017



Fuente: cuenta en Facebook Juana Marcela Ramos.

Estas semillas de compromiso y compañerismo influyeron en mi propia capacidad de amar y relacionarme, ya que la idea de amor romántico que me enseñaron, si bien involucraba tiempo, se basó más en encontrar a alguien con quien compartiera metas y proyectos en el futuro.

Escuchando sus experiencias, entendí que no podían amar de una forma que desconocían. Aman a su manera, con sus miedos, sus sueños y sus recursos (Juana Marcela Carrillo, comunicación personal, 6 de noviembre de 2023; Orlando Quintero, comunicación personal, 6 de noviembre de 2023). Decidieron abrir sus corazones de otras maneras, eligiendo un camino centrado en la voluntad de crear un hogar, más que en una pasión perfecta. En otras palabras, un amor que colmaría las necesidades, deseos, aspiraciones y carencias que experimentaron durante su crianza. También comprendí que puede pasar que mis progenitores, al concebir que el fin del amor es la construcción de una familia, y debido al contexto religioso en el que crecieron, nunca entiendan un amor que no sea heterosexual.

SOBRE EL AMOR: LINA MARÍA VÁSQUEZ MONTEJO, HIJA DE MÓNICA MONTEJO Y JIMMY VÁSQUEZ

A lo largo de mi vida he sentido una incesante incertidumbre acerca de lo que es el amor; por un lado, siempre me sentía amada, pero, por otro, también me sentía abandonada. Tal vez la mejor manera de entender esto era escarbar entre mis memorias, para identificar cuál fue mi primer acercamiento al *Amor*. Como es natural, fue la idea del amor entre mis padres, quienes me enseñaron un amor ideal, o fue lo que creí, hasta que viví el final de esa historia, que me despertó de golpe y me hizo ver que la vida no es como en las películas románticas ni se siente como mostraban las canciones que escuchaba. Sentí que el mundo se me derrumbaba encima y, básicamente, ahí crecí y renací.

Conforme fue pasando el tiempo, entendí que el amor no es blanco o negro, que el destino simplemente a veces tiene planes diferentes y separa a las personas, y que la vida no es como en las novelas. En una conversación con mi mamá, me dijo que el amor no existe, que ella jamás se enamoró, vivió solo relaciones donde se correspondían afectivamente y se cuidaban, y afirmó que una persona que ama no engaña y no lastima. Inmediatamente mi corazón se arrugó. Me contó también que ella siempre sintió que la relación con mi papá funcionaba, porque ella la hacía funcionar, porque ella daba todo, pero sentía que no era correspondida. Viéndolo desde mi perspectiva, es algo que incluso yo misma he sentido en mis propias relaciones, y esta sensación de apatía y desinterés se vuelve un común denominador en las relaciones de las mujeres con las que he compartido. La charla con mi mamá se tornó algo doloroso de mencionar. Mi mamá cree que el amor se debe sentir como cuidado, afecto, confianza y comunicación, y eso se encuentra en la amistad.

La respuesta de mi papá al preguntarle cómo ha entendido el amor a lo largo de su vida fue mucho más concreta. Me comentaba que el amor se vive de cuatro formas distintas: la primera es en la infancia, con el amor a la familia y a los padres, un amor incondicional; la segunda en la adolescencia, cuando es mucho más inocente, idealizado e intenso; la tercera, un amor de una adultez joven, de personas que han madurado, pero quizá no lo suficiente, al que llamó “amor de crecimiento”, que se vive estable y que realmente no tiene futuro; y, por último, está el amor de la comprensión, que se basa en la aceptación del otro y la comunicación (Entrevista 5). Otro aporte muy valioso lo hizo su actual pareja, para

quien, además de estas formas de amar, en el amor se pasa por etapas: de enamoramiento, conocimiento, aceptación y consolidación, entendiendo así el *Amor* como algo fluido y fluctuante, que no se da únicamente en blanco o negro, pues tiene matices y es diverso (entrevista 5).

Estas concepciones del amor forjaron la idea que yo misma me he creado al respecto y esto me llevó a preguntarles cómo se vieron influenciados por la relación de sus padres durante su infancia. Mi mamá mencionó que ella nunca vio a sus papás enamorados, únicamente estaban juntos por compromiso; por otro lado, mi papá creía que sus padres en algún momento sí se amaron, pero, al ser tan jóvenes, “se maduraron biches” y asumieron sus roles en función de suplir una necesidad: mantener una familia (entrevista 6). A veces me pregunto si mis papás estuvieron juntos y si realmente ese amor que sintieron era correspondencia, por la necesidad de sacarme adelante.

No obstante, de niña genuinamente creía en su amor, lo veía en sus miradas, tal vez ignoraba que mi mamá soportó mucho y que mi papá sacrificó mucho también; quizá de mi mamá aprendí que, para amar, tengo que dar, dar y dar, hasta que funcione, y de mi papá, que la vida es de etapas y a veces las personas no son para ti. Sin embargo, tengo la certeza de que, por amor, todo lo vale; posiblemente yo sea una romántica empedernida, pero veo el amor en todas partes y de diferentes maneras, lo veo en mis amigas cuando encuentro comprensión, lo veo en mis papás y su forma de amarme, cuidarme y protegerme; lo veo en mí misma, tratando de aceptarme cada día y cuidar a quienes amo; lo veo en mi pareja, que me inspira a ser mejor persona y a brindarle mi mejor versión. Probablemente no sea el romanticismo que nos muestran en las películas, con un príncipe azul que nos declare que somos su nuevo sueño y un “felicis para siempre”. Quizá sea aceptando que a tu pareja no le gustas tanto o que un día, después de una ruptura, vas a amar, incluso más que antes. Tal vez solo nos damos cuenta de que elegir a las personas con las que queremos compartir el resto de nuestras vidas es una de las decisiones más importantes que tomaremos.

ENTRE AMORES Y RESISTENCIAS: MARA LUNA SANABRIA, HIJA DE EMILSE BORDA Y LEONARDO SANABRIA

Cuando amamos a alguien, por más optimistas que seamos, es casi imposible no temer a la pérdida, y que la aceptemos no la hace menos dolorosa. Desde pequeña he tenido mucha resistencia a la idea del amor.

No representó algo importante en mi vida durante mucho tiempo, tal vez por la educación que me dieron mis padres o quizás porque, al ser un sentimiento tan poderoso, una parte de mí le temía. Siempre he tenido clara la brevedad de las cosas, de las relaciones. Tenía miedo de amar, porque sabía que esa felicidad sería momentánea y, conociéndome, creía que me quedaría atrapada en la tristeza de perder ese amor. Por mucho tiempo no me di la libertad de sentir o siquiera de pensar en algo como enamorarme.

Sin embargo, “enamorarme” llegaría tarde o temprano a mi vida. Aunque mis primeras experiencias al respecto no fueron tan placenteras como me hubiera gustado, estaba en un punto de mi vida donde no tenía la madurez suficiente como para entender de qué se trataba y enfrentar todo ese entramado de emociones que implicaba “amar” y tener una relación. La idea de las relaciones afectivas aún me causa conflicto, no solo por el miedo que le tengo al desamor, sino porque pienso que el romance es una idea producida y vendida por el sistema. Entro en muchos dilemas conmigo misma, y si bien entiendo lo que representa esta idealización, enamorarme, amar y ser amada siempre ha sido algo especial para mí. A pesar de mis resistencias, la verdad es que enamorarme ha influido en mi forma de percibir y transitar la vida. Aunque pienso que estar con alguien no es un requisito para encontrar la felicidad, es sin duda una experiencia que vale la pena vivir.

El amor no ha sido un tema frecuente en mi contexto. Ocasionalmente suena una que otra historia de desamor en las reuniones familiares, pero nunca nos adentramos en la profundidad de esta emoción. Es difícil tratar esos temas cuando no existe una cultura que te dé las herramientas para enfrentarlas. Tampoco ha sido un tema central en las conversaciones con mis papás, que no suelen detenerse mucho esa parte de sus vidas. Cuando era pequeña recuerdo haberme sentido frustrada y confundida por la relación de mis padres, pues era diferente al modelo que me habían vendido las películas, las novelas y los libros de romance. En ese momento de mi vida mi concepción del amor se basaba más que nada en los cuentos de hadas.

Se conocieron en el año 2000, en un bar de salsa, y desde ese momento entablaron una relación de amistad que con el tiempo se fue transformando en algo más. Compartían pensamientos y gustos; por ejemplo, la música de artistas como Silvio Rodríguez y Pedro Guerra los unían. El siguiente archivo es un CD de Pedro Guerra que mi mamá le regaló a mi papá. En la dedicatoria, ella hace referencia a una de sus canciones “Lazos”,

cuya letra describe la relación que sostuvieron por más de tres años, pues resalta la importancia de no forzar los vínculos ni los lazos afectivos.

Figura 9. Regalo para Leonardo de Emilse



Fuente: archivo personal compartido de Emilse Borda y Leonardo Sanabria.

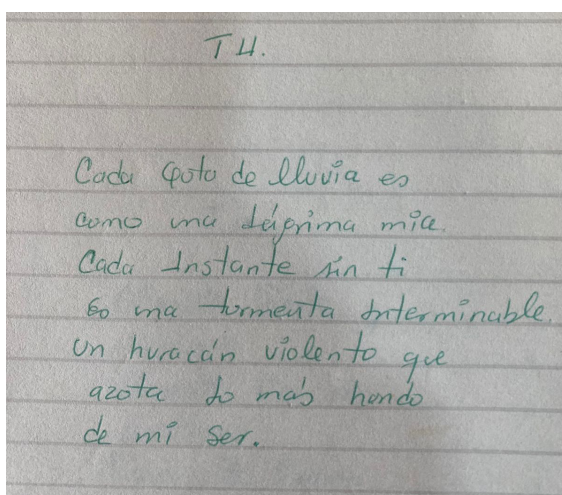
También coincidían en un ideal: creían en el cambio y la transformación social, y de esta forma terminaron compartiendo trabajos y proyectos. Nunca entablaron una relación seria, pues, por ciertos dilemas emocionales y experiencias pasadas, ninguno de los dos quiso comprometerse. Sin embargo, en 2004 cambió la situación cuando tuvieron una hija y así, aunque su relación era de idas y venidas, tomaron la decisión de quedarse juntos y criarla.

Mi mamá define el amor como una construcción a partir del compartir, no solo físico, sino ideas, momentos y recuerdos. Estos, con el tiempo, generan afectos en nosotros. “El amor se construye con la afinidad y las experiencias, lo que vives con esas personas, los recuerdos que haces, la memoria” (entrevista 7). Su concepción del amor se vio fuertemente afectada por la historia de vida de su mamá, quien vivió una situación de violencia conyugal. Al evidenciar estas dinámicas en su niñez, desarrolló una oposición a las relaciones de pareja y comenzó a problematizar la idea del amor romántico, actitud que reforzaría en su formación universitaria como psicóloga, donde se enfocó en el estudio de las construcciones sociales y los roles de género.

Para mi mamá el amor romántico es un instrumento de poder, por ello decidió evitarlo a lo largo de su vida. Esto no significó que dejase de lado su parte sensible. A pesar de tener sus ideas y creencias bastante claras, cuenta que estas no le impidieron experimentar el amor: “quería sentir, sentirme amada, me enamoré ochenta mil veces y tuve ochenta mil tusas” (entrevista 7). Sin embargo, siempre tuvo muy claro que no quería reproducir estos ideales machistas en su vida y con mi papá encontró eso que buscaba, alguien con quien identificarse, empatizar y conectar.

Por otro lado, para mi papá el amor va más allá de la emocionalidad: es un proceso de autoconocimiento, madurez y crecimiento que conlleva pérdidas y frustraciones. En el contexto en el que creció, el amor era un tema casi innombrable y no era bien visto que un hombre hablara de sus sentimientos. Esta cultura machista instauró como norma comportamientos problemáticos, como el control, la posesividad y los celos, que normalizaban el sufrimiento como parte de la experiencia romántica. Esta idea se reafirmó en él a partir de la relación de sus padres. Para mi papá la experiencia del amor fue difícil, por lo que sus relaciones afectivas, más que brindarle felicidad o bienestar, lo llenaron de dolor y angustia. Se refugió en el arte para expresar estas emociones. Siempre estuvo en contacto con el dibujo, la escritura y la pintura: “comencé a pintar por esa ausencia”, me dijo (entrevista 8).

Figura 10. Poema “Tu”



Fuente: Archivo personal de Leonardo Sanabria.

Hoy recuerda esas vivencias como una pérdida de tiempo, un daño a su salud y a sus pensamientos: “no era necesario tanto dolor, pero a veces no se tiene madurez suficiente para enfrentar esas emociones ni [para] superar los duelos” (entrevista 8). Algo que comparte con mi mamá es la intención de desmitificar el amor romántico. En su relación intentó romper con la cadena de sufrimiento: “no quería repetir los comportamientos tóxicos que me marcaron en el pasado” (entrevista 8). Siempre buscó el diálogo, y cree que es importante aceptar que uno está mal, buscar ayuda y, de esta forma, construir relaciones más sanas.

A pesar de sus distintas experiencias de vida, ambos coinciden en que el amor no debería estar limitado por las normas sociales. Han logrado desprenderse de la idealización de lo romántico y vivir su amor de una forma más auténtica. Aunque no se casaron y sus dinámicas y formas de expresar afecto son diferentes a lo que la sociedad occidental considera como habitual, no las hace menos significativas ni menos funcionales; al contrario, creo que es gracias a este pensamiento como logran complementarse tan bien.

Escuchando sus historias comprendí que el amor no tiene que ser perfecto o tradicional para ser real, que puede ser expresado de muchas maneras y que lo más importante es que las relaciones se fundamenten en el respeto, la escucha y el reconocimiento del otro. Su forma de concebir el amor se reflejó en sus enseñanzas y crianzas. Entablar estas conversaciones sobre nuestras sensibilidades me ayudó a empatizar más con ellos y me di cuenta de que tenemos más en común de lo que pensaba.

Haciendo este ejercicio, experimenté muchos choques frente a situaciones de mi vida, se abrieron heridas, pero también otras se cerraron. Este proceso de autorreflexión me ha hecho entender lo importante que es conectarnos con nuestra vulnerabilidad, permitírnos sentir, permitírnos amar y ser amados. Si bien es necesario problematizar ciertas dinámicas y concepciones que enmarcan al amor, no creo que debemos desprendernos de este sentir, pues, más allá de lo impuesto por la sociedad, es una fuerza que nos mueve a todas, todos y todes, y es esta fragilidad la que nos permite conectar con el otro.

Figura 11. Rompecabezas



Fuente: obra de Leonardo Sanabria, 2002 (detalles).

Al respecto de su obra *Rompecabezas*, comenta mi papá:

es una instalación cuya pieza principal es la pintura de un autorretrato, fragmentada como un rompecabezas; la imagen principal está rota, pues siempre estamos rotos por algo. En la pintura hay frases que fueron y que son utilizadas en un contexto romántico, frases de poemas de Benedetti, escritos personales que me enviaron o que yo envié. Las piezas en conjunto cuentan una historia de estrés, preocupación y duelo por la pérdida de alguien. Se compone de una mezcla de materiales: el vidrio representa la fragilidad, los tornillos la resistencia y la madera [significa que] lo que no se cuida se destruye (se pudre). Es un rompecabezas, para armarlo tiene que existir un equilibrio emocional o, si no, se colapsa. (Entrevista 8).

CONVERGENCIAS

El amor como acción, pero no solo eso

Desde mediados del siglo xx, la noción del amor como actividad o conducta tangible se puso sobre la mesa. En *El arte de amar* Erich Fromm

planteaba que “el amor es una actividad, no un afecto pasivo; es un estar continuado, no un súbito arranque” (1959, 31). En el sentido más general, el carácter activo del amor se afina en que amar es fundamentalmente dar, no recibir. Ahora bien, en relación con esta perspectiva, al inspeccionar nuestros relatos encontramos una resistencia generalizada de nuestros padres a entender y vivir el amor como un sentimiento. En algunos casos, se manifiesta como una necesidad imperante de expresar el amor con acciones, en lugar de con palabras que lo reafirmen explícitamente. En el mejor de los casos, este afán por materializar y racionalizar el amor se traduce en prácticas de cuidado o actos de servicio que asume una persona para con otra como una forma de demostrar su amor.

No obstante, es importante resaltar que el cuidado “es solo una dimensión del amor y que el simple hecho de cuidar a alguien no es suficiente para decir que lo amas” (hooks 1999, 25). Pensamos que esta actitud hacia el amor no viene principalmente de un deseo de tomar responsabilidad ante el amor sentido, sino de una autoprohibición e imposibilidad de asumir que, efectivamente, están *sintiendo* amor. Esto, en primer lugar, nos habla de un régimen emocional en el que el patriarcado y la matriz heterosexual, más que ideologías, constituyen dispositivos que estructuran los sentimientos y los afectos, al tiempo que naturalizan formas de pensar (Solana y Vacarezza 2020). Por un lado, este contexto, en el que nuestros referentes masculinos aprendieron a expresar el amor, reafirma la idea de que los sentimientos son irracionales e impalpables y, por ende, indefinibles; por el otro, habla de la permanencia de la idea esencialista de que los hombres deben ser racionales e inquebrantables, incluso ante el amor.

En contraposición, nuestras madres, siendo más abiertas a la concepción del amor como un sentimiento profundo que se construye a partir de la intimidad y la afinidad, encarnan esta noción de lo impalpable y lo irracional del amor, lo que implicó que sus sentimientos y así mismo sus experiencias fueran fácilmente anuladas y vistas con resignación. En sus relatos tampoco parece haber ninguna preocupación particular por demostrar este sentimiento materializándolo o mediante acciones probatorias. En algunos casos –como en “Senderos distintos del amor”, con la historia de Manuela Quintero Carrillo, y en “Conversando sobre el amor”, con la de Lina María Vásquez Montejo– podemos ver sumamente interiorizado el deseo de sentir amor, así como la frustración por no sentirse

amadas, una vez más debido a la excesiva romantización de las relaciones amorosas, tan marcada por la perspectiva patriarcal y heterosexual.

Amor en los ritmos

Los relatos que hemos presentado con el título “Senderos distintos del amor” traslucen la importancia y persistencia del papel de la música en distintas generaciones. Sus protagonistas, influidos por los boleros, las baladas, la salsa y el jazz, encontraban en estas músicas un reflejo y un gatillo para sus experiencias afectivas. Las letras de boleros y de salsa romántica, como “La gloria eres tú”, de la agrupación Los Tres Diamantes, y “Qué locura enamorarme de ti”, del cantante Eddie Santiago, hablan de la oposición entre el amor entregado, pasional (amor-fusión) y el desamor, la ruptura dolorosa (ruptura-duelo). Las canciones transitan entre estos dos polos extremos de la experiencia amorosa y reflejan una concepción muy pasional y tormentosa del romance.

También en relación con la música, pudimos evidenciar en la historia “Entre amores y resistencias”, de Mara Luna Sanabria, que el baile funciona como catalizador del encuentro. Las melodías se convertían en “lugares geográficos” donde las parejas se anclaban a “redes de afectos y rituales de interacción”, como describen Nelson Gómez y Jefferson Jaramillo (2015, 61).

Pese a la intensidad emocional de las letras, en las historias de vida se nota la contención a la hora de expresar abiertamente sus romances en la vida real, sobre todo por parte de los hombres, algo que sugiere la manera como introyectaron el régimen sexual y de género, que dictaba que la pasión debía canalizarse indirecta o simbólicamente, por ejemplo, a través de la música o el arte. A la vez, esto nos lleva al aspecto catártico de las canciones románticas, que permitían canalizar, experimentar y evocar intensas emociones amorosas a través de las letras y melodías.

¿Qué me falta?

Por mucho tiempo, se nos ha exigido a las mujeres ser madres y amas de casa bien portadas, amables, sumisas, calladas, organizadas y perfectas, lo que ha generado un sentimiento de insuficiencia persistente en nuestro ser. En el amor estas exigencias se vuelven más abrumadoras. Al respecto, Thomas (1994) apunta que “la experiencia histórica y subjetiva del género femenino está como ausente, y si se insiste en esto es por su importancia

para decodificar algunos discursos amorosos que circulan en la cultura”. Además, la autora explica el diferencial de las experiencias de deseo y carencia de las feminidades y masculinidades dictado por estructura patriarcal donde la experiencia femenina se define como “carente de” y “ausente de”. Para ellas, el deseo radicaría esencialmente en ser deseada y así finalmente sentir que existe, no en desear.

En relación con los cuatro relatos de las madres y diálogos entre nosotras, a lo largo de nuestra historia hemos identificado que el sentimiento de carencia en el amor no es solo una imposición externa, sino una carga que se hereda y aprende en el entorno familiar. Desde niñas, hemos crecido con la idea de que el amor requiere entrega total. De esta forma, las perspectivas de las mujeres están asociadas con el sentimiento de insuficiencia, sensación que cada día nos mutila el alma y el corazón, que nos hace sentir una profunda desesperanza, sin importar cuánto lo intentemos. Es como si jamás se llegase a satisfacer por completo esa necesidad de ser queridas. Estas exigencias han cobrado la vida de mujeres que, por miedo, muchas veces se quedaron con parejas maltratadoras que, en nombre del amor, las dañaron. Como lo menciona bell hooks (1999), precisamente por este miedo presente en las relaciones, para algunas mujeres y algunos hombres la lucha por el poder resulta central, lo que dificulta enormemente su finalización. La coexistencia de esta dinámica sadomasoquista con el afecto, el cuidado, la ternura y la lealtad genera una paradoja que permite a quienes la viven negarse a sí mismas/os sus verdaderos anhelos: amar y ser amadas/os.

Conciencia del dolor

Para las personas entrevistadas, hablar sobre el amor implica siempre hablar sobre el sufrimiento. Desde las experiencias traumáticas vividas en la infancia, como el abandono o la violencia intrafamiliar causada por problemas de alcoholismo, hasta las nociones de insuficiencia y carencia, principalmente en las mujeres, el amor parece coexistir fácilmente con profundos sentimientos de tristeza y desesperación. En este punto, el reconocimiento de eventos desgarradores y la conciencia del dolor propio fueron factores relevantes que influenciaron la experiencia del amor romántico, lo que les ha permitido establecer los límites de un amor deseable o perjudicial en sus propios términos.

Lo anterior, principalmente, nos habla del impacto que ha tenido la psicología y la cultura popular freudiana, que, bajo la influencia del pensamiento occidental, impone “un modelo explicativo en el que los fracasos deben ser vistos como manifestaciones e incluso irrupciones de acontecimientos pasados, traumáticos o no resueltos, de los que el sujeto está llamado a ser consciente y a dominar” (Illouz 2012). Por lo tanto, las madres y padres, en reconocimiento de los eventos relacionados con el amor y causantes de dolor, actuaron de modo que, con criterio propio, no reprodujeran dinámicas en las que el amor y el sufrimiento coexistieran.

En esta óptica, el amor ha trascendido su rol de simple anhelo para convertirse en un camino responsable de autodescubrimiento. En este viaje, influenciado por las vivencias afectivas del amor, el sufrimiento romántico aparece como un síntoma inaceptable e injustificable, producto de una psique inmadura. Esta forma de racionalizar la experiencia amorosa se hizo evidente cuando nuestros padres y madres catalogaron la importancia, el impacto e incluso la utilidad de sus relaciones pasadas en función del ciclo vital, con lo que valoraron el nivel de sufrimiento que vivieron. De este modo, acuñaron categorías propias que, como Jimmy Vásquez, cuando hace mención del “amor de crecimiento” o “amor de comprensión”, si bien no fueron utilizadas por todas las personas entrevistadas, nos dan una clara señal de que las relaciones en la juventud se las percibe como inmaduras y que, debido al alto grado de dolor que significaron, no valieron la pena. Esto finalmente lleva a que las relaciones deseadas estén sedimentadas en valores como la reciprocidad e intimidad, cuyo propósito es preservar y labrar un bienestar personal dentro del vínculo romántico.

Entre amores y resistencias

Como mencionamos anteriormente, las ideas ligadas al amor romántico se expresan en prácticas como el matrimonio, que ejerce un control sobre los cuerpos, la autonomía, la identidad y la sexualidad. Esta institución se basa en un régimen emocional hegemónico de relaciones heterosexuales y monogámicas, que se instala como norma que condiciona las relaciones de pareja. Durante mucho tiempo en las sociedades occidentales el amor no fue un requisito para casarse, sino un pacto guiado por intereses económicos, políticos, religiosos, de clase y de conveniencia social. Al respecto, Marcela Lagarde (2001, 44)

nos recuerda que “nadie esperaba que los esposos se amaran. Lo más que se pensaba era que con el tiempo se irían acostumbrando el uno al otro”. Así mismo, esto exigía un mecanismo para ejercer poder, control y dominación sobre los cuerpos femeninos.

Los procesos de transformación y el análisis desarrollado por la teoría feminista han puesto en evidencia las implicaciones negativas de estas prácticas y han promovido una conciencia crítica de estos patrones normativos. Gracias a ello, la decisión activa de no contraer matrimonio podría ser leída como una forma de resistencia ante los regímenes emocionales del amor romántico, que, en el caso titulado “Entre amores y resistencias”, se hicieron evidentes en las experiencias familiares en torno al amor. Dentro de los relatos presentados damos cuenta de ello, siendo que algunas de las parejas entrevistadas decidieron no casarse, pues no lo consideraban como el fin de su experiencia afectiva, aunque en sus relaciones persistieron características del modelo tradicional monogámico.

Hoy, la libertad sexual y la autonomía sobre nuestros cuerpos han permitido a algunas mujeres urbanas y educadas establecer otro tipo de relaciones, diferentes de las que dicta el modelo hegemónico; ahora podemos decidir libremente con quién estar, si queremos o no casarnos y cómo dinamizamos nuestras relaciones. En contraposición al amor romántico, muchas de las relaciones actuales se establecen según lo que Giddens define como amor confluyente. En este tipo de vínculo el fin de la relación ya no es el matrimonio, pues presupone la igualdad en el dar y el recibir emocional como elemento principal, se desliga de categorías como la heteronormatividad y va más allá de los patrones establecidos de género (1992).

CONSIDERACIONES FINALES

En síntesis, podemos afirmar que, mediante el análisis de los archivos, acompañado de entrevistas semiestructuradas y la producción de relatos personales a partir de ellas, encontramos puntos comunes que muestran cómo las dinámicas del amor romántico se reproducen a través de las generaciones. Primero encontramos que existe una actitud reservada por los participantes masculinos de la primera generación para asumir el amor como un sentimiento activo en sus vidas. Consideramos que esto responde a los roles de género dicotómicos, que establecen que el mundo

de la sensibilidad o lo emotivo es femenino. Así mismo, a pesar de que los sentimientos de carencia e insuficiencia asociados a las frustraciones amorosas persisten en los relatos de las mujeres, independientemente de la generación, también cabe reconocer que es precisamente esta perspectiva la que presentan críticas al modelo hegemónico de amor. Además, reconocimos la importancia de la música en la educación emocional de las personas entrevistadas, como una representación del amor deseado o sentido. Finalmente, al enfocarnos en la experiencia particular de los padres que no se casaron, vemos que la conciencia de los regímenes emocionales puede llevar a las parejas a tomar decisiones activas sobre sus formas de relacionamiento como una forma de resistencia.

Por otro lado, según los relatos que hemos presentado, las experiencias afectivas del entorno familiar han condicionado las perspectivas sobre el amor romántico y, en este caso, se relacionan sobre todo con el trauma y el reconocimiento del dolor propio. Así, es a partir de la reflexión sobre eventos desgarradores, como el abandono o la violencia intrafamiliar, que las madres y padres han tomado decisiones sobre la crianza de sus hijas, con el fin de que ellas no sufran de la misma manera. Sin embargo, esta decisión consciente de no repetir patrones no impide que otros ideales del amor romántico, como lo puede ser “el amor eterno” o el sacrificio, determinen las experiencias afectivas de las hijas.

De igual forma, en el análisis microhistórico del archivo de las experiencias afectivas del amor romántico de nuestros padres y nuestras madres, se ve que entienden el amor como un acto encarnado que debe ser expresado, por ejemplo, en forma de regalos y dedicatorias que buscan que la pareja se sienta amada, o mediante representaciones activas de la experiencia compartida a través del tiempo vivido, como pasa con las cartas. En otras palabras, las personas actúan porque aman y, en mayor o menor medida, estas acciones se manifiestan en el archivo. Cabe agregar, también, que nuestra aproximación al archivo como marcado por *resistencias emocionales* hizo posible tomar conciencia de los procesos familiares presentes y así “subvertir [...] el control social ejercido a través de procesos subjetivos” (Rosón y Medina 2017). Lo anterior nos permitió acercarnos al archivo desde un punto de vista reparativo, pues posibilitó la reflexividad en nuestros entornos familiares y nos hizo conscientes de los matices violentos propios del amor romántico que reproducimos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Barrera, Begoña y María Sierra. 2020. “Historia de las emociones: ¿qué cuentan los afectos del pasado?”. *Historia y Memoria* (especial, septiembre): 103-142. <https://doi.org/10.19053/20275137.nespecial.2020.11583>
- Curiel, Ochy. 2010. “El régimen heterosexual de la Nación: un análisis antropológico/lésbico-feminista de la Constitución Política de Colombia de 1991”. Tesis de maestría en Antropología, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/70458>
- Cvetkovich, Ann. 2012. *Depression: A Public Feeling*. Durham: Duke University Press.
- Esteban, Mari Luz. 2011. *Crítica del pensamiento amoroso*. Barcelona: Bellaterra.
- Esteban, Mari Luz. 2007. “Algunas ideas para una antropología del amor”. *Separata* 11: 71-85. <https://ekoizpen-zientifikoa.ehu.eus/documentos/5eccf60529995207b7db81ed>
- Feixa, Carles. 2018. *La imaginación autobiográfica: las historias de vida como herramienta de investigación*. Vol. 19. Barcelona: Gedisa.
- Fraser, Ronald. 1988. “La historia oral como historia desde abajo”. *Ayer* 12: 79-92. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=184863>
- Fromm, Erich. 1959. *El arte de amar*. Barcelona: Paidós.
- Garzón, Luz y Oliva López. 2023. “Editorial: El giro teórico de las emociones como fuente del análisis y comprensión del sujeto social”. *Trabajo Social* 25, 1: 17-24. <https://doi.org/10.15446/ts.v25n1.106759>.
- Giddens, Anthony. 1992. *La transformación de la intimidad: sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Cátedra.
- Gómez, Nelson y Jefferson Jaramillo. 2015. “La salsa en Bogotá: educación sentimental y cultura festiva”. *Virajes* 17, 2: 55-78. <https://revistasoj.s.ucaldas.edu.co/index.php/virajes/article/view/3567>
- Gonzalbo, Pilar. 2013. *Amor e historia: la expresión de los afectos en el mundo de ayer*. El Colegio de México. <http://www.jstor.org/stable/j.ctt14jxp05>
- Hering, Max. 2015. “Introducción”. En *Microhistorias de la transgresión*, editado por Max Hering y Nelson Rojas, 9-35. Bogotá: Universidad del Rosario, Universidad Cooperativa de Colombia, Universidad Nacional de Colombia.
- Herrera, Coral. 2018. *Mujeres que ya no sufren por amor. Transformando el mito romántico*. Madrid: Libros de la Catarata. https://diariofemenino.com.ar/df/wp-content/uploads/2023/01/Mujeres_que_ya_no_sufren_por_amor_Transf.pdf

- hooks, bell. 1999. *Todo sobre el amor: nuevas perspectivas*. Barcelona: Paidós.
- Illouz, Eva. 2012. *¿Por qué duele el amor? Una explicación sociológica*. Madrid: Katz.
- Jimeno, Myriam. 2004. *Crimen pasional: contribución a una antropología de las emociones*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Lara, Alí y Giazú Enciso. 2013. "El giro afectivo". *Athenea Digital* 13, 3: 101-119. <https://doi.org/10.5565/rev/athenead/v13n3.1060>
- Lagarde, Marcela. 2001. *Claves feministas para la negociación con el amor*. Ciudad de México: Horas y Horas.
- Le Breton, David. 2012. "Por una antropología de las emociones". *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad* 4, 10: 67-77. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=273224904006>
- Levi, Giovanni. 2003. "Sobre microhistoria". En *Formas de hacer historia*, editado por Peter Burke, 93-113. Madrid: Alianza.
- Londoño, Alejandra. 2019. *Historiografías feministas para la descolonización*. Bogotá: Siglo del Hombre.
- Londoño, Alicia. 1997. *Antropología de la vida privada*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, Centro de Estudios del Hábitat Popular, Centro de Investigaciones Estéticas.
- Nina, Ruth. 2018. "Microhistorias de amor: narrativas femeninas con una intersección generacional". *Informes Psicológicos* 18, 1: 53-72. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7044239>
- Platón. 1985. *La República o el Estado*. Madrid: EDAF.
- Reddy, William. 2001. *The Navigation of Feeling. A Framework for the History of Emotions*. Cambridge: Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511512001>
- Rodríguez, Pablo. 2002. *En busca de lo cotidiano: honor, sexo, fiesta y sociedad, siglos XVII-XIX*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Rosón, María y Rosa Medina. 2017. "Resistencias emocionales. Espacios y presencias de lo íntimo en el archivo histórico". *ARENAL. Revista de Historia de Las Mujeres* 24 (2):407-39. <https://doi.org/10.30827/arenal.v24i2.3914>
- Simonnet, Dominique, Jean Courtin, Paul Veyne, Jacques Le Goff, Jacques Solé, Mona Ozouf, Alain Corbin, Anne-Marie Sohn, Pascal Bruckner y Alice Ferney. 2004. *La más bella historia del amor*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Solana, Mariela y Nayla Luz Vacarezza. 2020. "Relecturas feministas del giro afectivo". *Estudios Feministas* 28, 2. <https://doi.org/10.1590/1806-9584-2020v28n272448>

- Thomas, Florence. 1994. *Los estragos del amor: el discurso amoroso en los medios de comunicación*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Wade, Peter. 2023. *Música, raza y nación*. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Wittig, Monique. 2006. *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Barcelona: Egales.

ENTREVISTAS

- Entrevista 1: Entrevista realizada a Diana Tarazona. Vivienda Personal. 17 de septiembre de 2023, 76 min. Grabadora de voz.
- Entrevista 2: Entrevista realizada a Fernando Rodríguez. Vivienda Personal. 19 de septiembre de 2023, 36 min. Grabadora de voz.
- Entrevista 3: Entrevista realizada a Juana Marcela Carrillo. Llamada telefónica. 6 de noviembre de 2023, 68 min. Grabadora de voz.
- Entrevista 4: Entrevista realizada a Orlando Quintero. Llamada telefónica. 6 de noviembre de 2023, 47 min. Grabadora de voz.
- Entrevista 5: Entrevista realizada a Jimmy Alexander Vásquez y Ángela Sánchez. Vivienda personal. 10 de noviembre de 2023, 45 min. Grabadora de voz.
- Entrevista 6: Entrevista realizada a Mónica Montejo. Vivienda personal. 12 de noviembre de 2023, 49 min. Grabadora de voz.
- Entrevista 7: Entrevista realizada a Emilse Borda. Vivienda personal. 15 de noviembre de 2023, 81 min. Grabadora de voz.
- Entrevista 8: Entrevista realizada a Leonardo Sanabria. Videollamada. 17 de noviembre de 2023, 78 min. Grabadora de voz.